

de lástima y conmiseración áun para los más humildes trabajadores, y la influencia de éste y de otros hombres de su jaez obligase á la Junta de Salud pública á decidir la muerte de María Antonieta, Barère tuvo necesidad de volver á cumplir las funciones del ministerio que se le habia impuesto. Cuatro dias, no más, habian trascurrido desde que propuso los decretos contra los diputados girondinos, cuando subió de nuevo á la tribuna para pedir que la Reina compareciese ante el tribunal revolucionario. Como se ve, hacia rápidos progresos en compañía de sus nuevos aliados; porque si cuando pidió la cabeza de Vergniaud y de Pétion habló á la manera de quien tenía conciencia de su crimen y su bajeza, brevemente, aunque sin gran esfuerzo, y dejó á Saint Just que discurriera en orden á la culpabilidad de sus antiguos amigos, se mostró de muy otro modo al desempeñar por segunda vez el papel de acusador, pues entónces clamó por sangre con avidez que mostraba sed devoradora, y extremó sus injurias contra *la Austriaca*, llegando á los límites de la violencia propia de un cobarde que, al cabo de mucho esperar, puede cubrir de cieno aquello que ha temido y ha deseado servir con oficiosidad lacayuna. Ya hemos dicho ántes tambien con cuánta impudencia pretende arrojar Barère en sus *Memoorias* la vergüenza de su odiosa culpa sobre otros que se hallan inocentes del martirio de la Reina, y por tanto, nada más diremos acerca de este punto.

XXI.

El dia mismo que la Reina sufrió la pena capital, Barère celebró el suceso convidando á comer en

una taberna de Paris á Robespierre y á otros jacobinos. Los que conocian el carácter de Robespierre y sabian cuán duraderas y enconadas eran sus enemistades, no pudieron ménos de quedar sorprendidos al verlo admitir el obsequio, y Saint-Just exclamó: «Robespierre aquí! Barère es el único á quien ha perdonado en toda su vida.» Uno de los comensales de tan extraño festín dice, dando cuenta de él, que Robespierre calificó en términos muy duros la insensata brutalidad demostrada por Hébert en el procedimiento contra *la Austriaca*, expresándose con tanto calor y accionando de tal modo, que rompió su plato de un golpe, y añade que Barère no se quedó corto en las respuestas, pues le contestó entre otras cosas que la guillotina en aquella circunstancia habia cortado de un tajo un nudo diplomático muy difícil, si no imposible de soltar. En los intermedios, del guiso de zorzales á la perdiz trufada, y del vino de Beaune al de Champagne, predicó el anfitrión fervorosamente su nueva fe política, y dejándose llevar de un arranque de elocuencia propio de las circunstancias, pronunció las siguientes palabras: «La nave de la revolucion no podrá ganar puerto seguro sino echando el ancla en un mar de sangre. Fuerza es comenzar á derramarla en abundancia, empezando por los individuos de la Asamblea Nacional y de la Legislativa. Desembaracemos, pues, el camino de la libertad de los abrojos y malezas que lo entorpecen, y pongámoslo llano y expedito.»

Barère hablaba en la Convencion como en la taberna, desde que hubo descubierto el modo especial de su elocuencia. La cual, si no carecia de cierto carácter y animación, en otro siglo y otro país que no la Francia revolucionaria se habria re-

XXII.

Al cabo llegó el día de verse la causa de los Girondinos, que se hallaban encarcelados en París, esperando con ansias vivas ese momento, llenos de confianza en su inocencia y en el influjo de su palabra, y persuadidos de que por crueles y sanguinarios que fueran sus jueces sentirían rubor de condenarlos públicamente á muerte. Aun en ese caso alentaban la esperanza de poder escaparse. Y como el tribunal revolucionario acababa de inaugurar sus tareas, y no se había ejecutado todavía á ningun individuo de la Convencion, era probable que ni los más furiosos Jacobinos quisieran echar sobre sí la mancha de ser los primeros en violar la pretensa inmunidad que se suponía patrimonio de los representantes del pueblo.

La vista duró algunos días: Gensonnè y Brissot se defendieron con mucho talento y presencia de ánimo de los cargos supuestos por sus viles acusadores, que no eran otros sino Hébert y Chaumette. Dejóse oír por última vez la elocuente voz de Vergniaud, el cual abogó por sus amigos y por él con tanta vehemencia, tanta lógica y elevacion de pensamiento, que respondieron, como ecos de sus magníficos periodos, prolongados murmullos de admiracion y de lástima por todos los extremos de la sala; y los mismos jueces, que aún eran novicios en el asesinato y no habían contraído el hábito de gozar en espectáculos de lágrimas y de sangre, dieron muestras de hallarse profundamente impresionados. Tanto fué así, que al levantarse la sesion circuló el rumor de que los Girondinos serian absueltos. Pero

los Jacobinos entónces se reunieron ansiosos de venganza, é inspirándose Robespierre en la maldad de sus pensamientos, tomó sobre sí la tarea de formularlos en la Convencion al día siguiente, proponiendo un decreto tan bárbaro, inicuo y feroz, que no es posible compararle ninguno análogo de aquel año, pues se decía en él que podía el tribunal dejar sin defensa á los acusados cualesquiera que fuesen, declarando demostrada y evidente la acusacion y facultándolo á pronunciar sin más tardanza su fallo. Un solo convencional se atrevió á decir algunas palabras, no sin timidez, en contra de tan infame proyecto. Mas no bien lo hubo entendido Barère, el federal, el autor de la comision de los doce, causa principalísima del odio de París á los Girondinos; el que niega en sus *Memorias* haber tomado parte nunca en contra de ellos; el que tiene la desvergüenza de consignar en su libro que amaba y estimaba mucho á Vergniaud; Barère, decimos, se levantó para secundar á Robespierre en su obra de perversidad, viendo á seguida coronados sus esfuerzos con la adopcion del proyecto por la Cámara, y con su aplicacion inmediata por el tribunal, que declaró *ipso facto* culpados á los Girondinos, sin permitirles que acabaran su defensa.

El día siguiente fué, sin duda, el más triste de cuantos registra la tristísima historia de la Revolucion. Ni podía ménos de ser así, siendo las víctimas tan inocentes, tan nobles, tan esforzadas, tan distinguidas y tan jóvenes como eran, y habiendo dado tan repetidas muestras de su elocuencia tan generosa y tan brava. Entre los Girondinos había mozos muy gentiles y apuestos de veintiseis á veintisiete años, y Vergniaud y Gensonnè, tan afamados, apenas si pasaban de los treinta. Sólo habían tomado

parte durante algunos meses en los negocios públicos, y ya la gloria de sus nombres llenaba la Europa, cuando fueron á morir por el crimen de haber querido asociar la libertad con el orden y la justicia y la misericordia; como que la única verdadera culpa que cometieron fué la de no mostrar valor cívico, ese valor que resiste los clamores y los ultrajes de las muchedumbres, y que inspira en las ocasiones graves y de mucho peligro acuerdos atrevidos, decisivos y salvadores; que aquel otro valor del corazón, el valor viril, el valor de hombres, siempre lo tuvieron, sin faltarles jamás, ni en la hora suprema de morir en el cadalso á donde los envió la maldad de feroces tiranos como Saint-Just, y de miserables y envilecidos esclavos como Barère.

No fueron estas las únicas víctimas sacrificadas en aras de causa tan generosa. Porque madame Roland tardó poco en seguirlos al cadalso con valor tan heroico y sublime como el demostrado por sus amigos. Su marido, que se hallaba oculto en lugar seguro, no pudo sobrevivir á su noble compañera, y se traspasó el pecho con su espada casi á las puertas de Ruan, muriendo en la carretera. Condorcet se envenenó con una fuerte dosis de opio; en Burdeos la guillotina puso término á los días del atrevido é ingenioso Guadet y de Barbaroux, caudillo de aquellos entusiastas de las riberas del Rhóne, cuyo esfuerzo fué tan decisivo la memorable noche del 10 de Agosto para cambiar de faz el combate, del Louvre á las Tullerías; y en un campo, cerca del Garona, se halló aquellos días tambien los restos que habian dejado los lobos del célebre Pétion, cuyas virtudes fueron otro tiempo tan exageradamente alabadas y ofrecidas como tipo de la virtud republi-

cana. Léjos estamos de rendir tributo incondicional de admiracion á los Girondinos; pero la historia debe consignar, tratando de ellos, un honroso testimonio, y es que, pudiendo escoger con libertad completa entre el papel de opresores y el de oprimidos, tuvieron la grandeza de alma y el ánimo necesarios para sufrir ellos mismos ántes que hacer sufrir á los demas, para morir ántes que matar, para ser víctimas ántes que verdugos.

XXIII.

Entónces se inauguró aquel extraño y temeroso período conocido en la historia bajo el nombre de reinado del Terror; que, con el triunfo completo de los Jacobinos, llegó la hora y el poder de las tinieblas. La Convencion enmadeció en orden á todos los asuntos, y la soberanía pasó íntegramente á la Junta de Salud pública, sin que la Cámara fuera osada en ningun caso á formular siquiera, tratándose de los edictos de aquella corporacion, ni áun la débil resistencia que oponian en otro tiempo los antiguos Parlamentos á las voluntades de los reyes. Seis personas ejercian el poder supremo entónces en Francia, y eran Robespierre, Saint-Just, Collot, Billaud, Couthon y Barère.

Mas, para ser estrictamente justos respecto de algunos de estos hombres y de los que secundaban sus planes, fuerza es decir que así los habia emancipado el fanatismo de las trabas de la justicia y de la compasion, como del miedo y de la codicia; porque, miéntras apénas sabian á las veces dónde hallar un *assignado* de algunos francos para pagarse la comida, gastaban con la más estricta escrupulosi-

dad el inmenso botín que recogían á fuerza de rapiñas, y porque siempre se hallaban dispuestos á ir al cadalso por sus principios con ánimo tan sereno como enviaban á él á docenas aristócratas y eclesiásticos. Pero los grandes partidos no pueden formarse de tales elementos, en razon á que por efecto de una ley fatal é inevitable de su destino, colectividades de fanáticos como la descrita reunen alrededor suyo multitud de cobardes, de canallas y de libertinos de carácter agreste y dados á la licencia, contenidos sólo en ciertos límites por temor á las leyes, pues de no ser así, se lanzarian á los mayores excesos, como lo hacen tan luego llega el día de romper los frenos y de vivir en la impunidad del crimen y del vicio; y los partidos, sean cuales fueren, que no se sujetan escrupulosamente á los principios eternos de la moral, luégo quedan esclavos y á merced de los hombres más perversos. Lo propio sucedió en las guerras religiosas: la del Santo Sepulcro, la de los Albigenses, la de los Hugonotes, la de Treinta años. En todas ellas el celo inflamaba de tal modo á los paladines de la Iglesia, que reputaban culpada flaqueza la menor muestra de generosidad con el vencido, siendo á sus ojos necesario perseguir y acabar los infieles y herejes, como se persiguen y acaban las alimañas y animales feroces, no habiendo ultraje ni exceso de cuantos pueda cometer la pasion religiosa sobreexcitada que no se antojara obra meritoria y digna del guerrero católico. Mas no bien hubo cundido entre las gentes la idea de que la licencia y la barbarie podían ejercerse sin trabas ni restricciones, por ser lícitas, millares de miserables, que no pensaban en la santidad de la causa, sino en la impunidad del crimen y en la satisfaccion de sus malos instintos,

y que ansiaban sacudir el yugo de la policia de las ciudades pacificas y de la disciplina de los campamentos bien regidos, acudieron presurosos á tomar puesto alrededor del estandarte de la fe. De aquí que mientras los hombres que levantaron esta bandera fueron sinceros, castos, desinteresados y acaso tambien misericordiosos, las falanges que luégo se les unieron no contaran sino malhechores, bandoleros, descreidos y soldadesca desenfrenada y feroz, gente de tal modo criminal, que áun entónces habria sido difícil hallarla parecida bajo las banderas de un Estado en guerra por motivos temporales. Análogos elementos constituian el partido jacobino; porque alrededor de un núcleo compuesto de algunos entusiastas, se agrupaba inmensa muchedumbre de hombres abyectos, malvados y corrompidos. Pero, á decir verdad, nada estaba más corrompido en aquella masa putrefacta que Barère, quien por sí sólo era un foco nauseabundo de infeccion.

Entónces fueron los dias aciagos en que el más bárbaro de los tribunales aplicaba el más bárbaro de los códigos; en que no podian los hombres saludar á sus conocidos, ni rezar, ni peinarse sin correr peligro de ir al patíbulo; en que habia celadores y satélites y espías por todas partes; en que la guillotina funcionaba largo tiempo cada mañana; en que las prisiones se veian llenas como las bodegas de los barcos negreros; en que las cloacas arrojaban al Sena bocanadas de sangre humana; y en los cuales era causa bastante para ir á manos del verdugo ser nieto, sobrino de un capitan de la Guardia real, ó medio hermano de un doctor de la Sorbona, ó dudar del crédito que pudieran merecer los *asignados*, ó decir, siquiera veladamente, que los ingleses habian vencido en el combate de 1.º de Junio, ó

guardar en el fondo de un cofre algun folleto de Burke, ó burlarse de un Jacobino por haber tomado el nombre de Timoleon ó de Casio, ó dar al *Cinco Sin Calzones* la denominacion supersticiosa de día de San Mateo. Y miéntras iban cargadas de víctimas las carretas, atravesando las calles de Paris, camino de la guillotina, los procónsules que habia enviado á los departamentos la Junta soberana daban rienda suelta en punto á crueldad á refinamientos de barbarie desconocidos en la capital; porque, como á su parecer, la máquina de muerte fuera lenta con exceso para ejecutar sus órdenes de exterminio, mataban á cañonazos de metralla, y ahogando en los rios por centenares. Lyon se tornó desierto. En Arras negaron á las víctimas la gracia de acabarlas pronto; y por ambas orillas del Loire, desde Saumur hasta la costa, veíanse grandes bandos de cuervos y de buitres, hartándose en los cadáveres desnudos que las cubrían; como que aquellos malvados no tuvieron nunca lástima ni compasion de sexo ni edad, y se contaban por miles los mancebos y las jóvenes y los niños sacrificados por tan execrable gobierno, cuyos adeptos arrancaban las criaturas del pecho de las madres para llevarlas de pica en pica, disputándose las unos á otros con las puntas aceradas, hasta echarlas á los piés de sus jefes; y hubo campeon de la libertad que llenó de orejas sus bolsillos, y otro que se pavoneaba ostentando en el sombrero, á guisa de escarapela, un dedo cortado de la mano de inocente niño. Pocos meses habian bastado para que la Francia cayera en mayor degradacion y barbarie que la Nueva Zelanda.

XXIV.

Absurdo sería sostener que puedan nunca justificar los peligros públicos, por grandes que sean, el planteamiento de sistemas semejantes, porque no sólo son contrarios á los principios del cristianismo y á los de la moral, sino hasta á las máximas de Maquiavelo. Cierto es que se hace necesario en las crisis políticas que suelen atravesar los pueblos en momentos terribles actividad y vigilancia sumas, y asimismo que á las veces son parte á justificar actos de severidad que merecerian nombre de crueles en ocasiones normales. Pero la severidad sin discernimiento no ha sido útil nunca ni puede serlo; que toda la eficacia del castigo descansa en la justicia con que se aquilatan los grados de culpabilidad en la aplicacion de las penas; siendo cierto que aquellas que alcanzan por igual á los delincuentes y á los que no lo son, surten el efecto asolador de las epidemias ó del desarrollo de las grandes convulsiones de la naturaleza, y remedian los crímenes del propio modo que podría remediarlos y preverlos el cólera ó los temblores de tierra. La tan decantada energia del periodo administrativo de los Jacobinos fué la del malayo que se embriaga y armado de *campilan* corre furioso de una parte á otra, hiriendo y matando á diestro y siniestro amigos y contrarios, no la energia demostrada por verdaderos estadistas como Isabel, Cromwell ó Federico el Grande. No decimos con esto que ninguno de los tres fuera escrupuloso en la eleccion de los medios; pero aún cuando lo hubieran sido ménos todavía, la fuerza y grandeza de su espíritu les habria impedido

cometer crímenes parecidos á los que aquellos pigmeos de la Junta de Salud pública reputaban por obras maestras de habilidad; pues la gran Reina que defendió sus Estados de los enemigos domésticos y extraños, y de las armas temporales y espirituales juntamente; y el gran Protector que gobernó, con autoridad superior á la de los reyes, dilatado imperio á despecho de monárquicos y de republicanos; y el gran Rey que supo, con tropas vencidas y tesoro exhausto, proteger su patria de los esfuerzos combinados de la Rusia, el Austria y la Francia, hubieran sonreído de una manera despreciativa ciertamente á quien les propusiera como remedio eficaz á contener los descontentos y á difundir saludable terror entre todos ellos enviar al cadalso carretadas de estudiantes y educandas.

Sin embargo, la opinion más acreditada en el pueblo es que si los jefes terroristas fueron crueles, también fueron grandes hombres. Por lo que á nosotros respecta, no hallamos en ellos otra grandeza sino la de su crueldad; y en cuanto al pretenseo atrevimiento de su política, llamada por muchos original, tampoco lo vemos, pareciéndonos tan añeja y gastada su conducta como la de todos los malos gobiernos que han existido en la sucesion de los tiempos, y que si se antojó nueva en Francia el siglo xviii, fué tan sólo porque ya entónces la parte más ilustrada de la humanidad habia renunciado á esas prácticas hacia siglos por muchas razones muy atendibles. No así entre las naciones salvajes, en las cuales ha prevalecido, siendo esta la causa principal que dificulta en ellas el progreso de la civilizacion; como que una multitud de bajás, rajás y nababs ha dado repetidas muestras de sobresalir en el arte de la política puesta en ejecucion

por los individuos del Comité de Salud pública; que Djezzar los aventajaba sin duda ninguna, y que no es posible haya existido en Asia y Africa un solo tiranuelo incapaz de comprender sin tardanza todo el mecanismo del sistema político y rentístico de los Jacobinos: pues cortar cabezas á centenares sin preocuparse mucho ni poco de la inocencia ó culpabilidad de las víctimas; exigir dinero á los ricos y recabarlo por medio de carceleros y verdugos; despojar de lo suyo á los acreedores públicos y enviarlos al patíbulo si protestan; tomar por fuerza el pan en las tahonas, y vestir el ejército y proveerlo de caballos y monturas, robando el paño y el lienzo, y las bestias y las sillas, es de todos los sistemas de gobierno el más elemental, sencillo y cómodo de cuantos puedan imaginarse, y el más bárbaro también. No hablamos ahora de su moralidad, sino de las demas partes que lo constituyen y que por su índole son comprensibles á la inteligencia más obtusa. Y habiendo sido por medios análogos á los indicados, y á virtud de procedimientos semejantes como los individuos de la Junta de Salud pública lograron imponer sumision y recaudar sumas inmensas durante cierto tiempo, tenemos derecho á decir que no es gobernar someter matando, ni es tampoco administrar recaudar ejerciendo el robo; que sólo merecen nombre de estadistas aquellos que saben contener á los hombres turbulentos en épocas de revolucion, sin perseguir ni molestar á los pacíficos, y ocurrir á las necesidades del gobierno, cuando ha menester de grandes recursos pecuniarios, sin violar el sagrado de la propiedad ni agotar las fuentes de la riqueza pública. Un hombre de Estado que lo hubiera sido en realidad, habria podido sin duda ninguna proteger en 1793 la independencia de la Fran-

putado indigna de las deliberaciones de una Cámara, y ménos aún de negocios de Estado. Hoy día sería imposible hablar así ante ningun Congreso legislativo; mas en Francia, durante la época de la Convencion, así se despreciaban las fórmulas antiguas como el gobierno y las creencias: que la culta y concisa fraseología la relegaron los revolucionarios, del propio modo que la etiqueta de Versalles y las solemnidades de Nuestra Señora, á los tiempos pasados de la historia. Y así como llegó á surgir un enjambre de Constituciones efimeras más ó ménos democráticas, dictatoriales y consulares de las ruinas de la antigua monarquía; así como de las ruinas de la antigua Iglesia surgió un enjambre de supersticiones absurdas, inmorales y ridículas, cual las locuras de los teofilántropos y el culto de la diosa Razon, surgió de las ruinas de la elocuencia antigua nueva elocuencia, ó, mejor dicho, nueva manera de expresarse, tan fácil, llana y vulgar que podia comprenderse sin el auxilio de nuevas gramáticas y diccionarios. El espíritu de innovacion que mudó todas las fórmulas establecidas, que trocó á centenares de Pedros y de Juanes en Scévolas y Aristogitones, que borró el domingo y el lunes del calendario, juntamente con Enero y Febrero, y la Anunciacion y la Pascua, sustituyéndolos con *decadé* y *primidi*, *nevo* y *lluvioso*, y las fiestas solemnísimas de la *Opinion* y del *Sér Supremo*, trocó tambien todas las formas de la correspondencia oficial; y por tal manera el estilo reposado, prudente y culto que tenian los gobiernos anteriores costumbre de usar, quedó sustituido con los equívocos, los retruécanos y las declamaciones osianescas; en una palabra, con elocuencia propia de estudiantes, y grosería digna de verduleras. Y como Barère

sabía manejar mejor que ningun otro personaje de la época la fraseología propia y característica del tiempo, y que á la sazón se reputaba por la más conveniente y oportuna en preámbulos y manifiestos, de aquí que miéntras duró el corto y violento paroxismo del delirio revolucionario gozara fama de grande orador, y tambien que cuando pasara el acceso pudiera verse claramente como era en realidad, esto es, un hombre vulgar, nada original, sin verdadera ciencia, y cuyo único mérito consistia en percibir pronto y en expresar en estilo fácil las ideas ajenas, aunque con gusto tan depravado como su corazon. El pueblo llamaba *carmañolas* á sus lucubraciones oratorias y literarias. Pero no debe atribuirse únicamente á la perversion del gusto nacional el efecto que produjeron en su tiempo los discursos de Barère, porque las ocasiones en las cuales subió á la tribuna fueron propicias en su mayor parte al buen acogimiento de cualquier orador, áun del más detestable; como que Barère hacia uso de la palabra, en la mayoría de los casos, cuando las armas francesas alcanzaban alguna ventaja sobre los enemigos de la patria, y la Junta de Salud pública lo encargaba de anunciar la buena nueva. La sala se estremecía entónces con los aplausos del auditorio, y los diputados y los extranjeros sabian de boca del tribuno que la victoria estaba á la orden del día; que Pitt habia prodigado en vano las libras esterlinas para comprar máquinas que llevaran cañones; que para celebrar la fuga del leopardo inglés sería necesario nuevo Tirteo, y que se habia convertido en rayos todo el salitre sacado de los subterráneos de Paris para destruir con su fuego á los hermanos titanes, Jorge y Francisco.